

BIBLIOTECA DEL CONGRESO

"ALFONSO M. 133"

Apdo. 1625 MONTANLEY, MEXICO

## EL GALLO DEL CAMPANARIO

POR

**EUGENIO MOUTON (MERINOS)**

**L**a villa de Saint-Vrain-sur-Mesle está con justicia orgullosa de su iglesia. Este monumento es una maravilla del arte ojival. Fué construida por los premonstratenses, quienes tenían allí su casa matriz y durante muchos años consagraron á esa obra la mitad de sus cuantiosísimas rentas.

La orden hallábase á la sazón en el apogeo de su poderío y de su riqueza; y los frailes, para elevar hasta las nubes el arranque de su piedad y la gloria de San Agustín, patrono suyo, quisieren que el campanario de su iglesia superase á todos los de Borgoña.

30976

Este campanil, enteramente esculpido como un encaje, igual que todo el resto del monumento, elévase en un solo cuerpo hasta la altura de trescientos pies; y desde allí, sobre una plataforma rodeada por un balconcillo de hierro forjado, sube hasta á cien pies de elevación una aguja coronada por una cruz florida.

La aguja es octogonal, con una línea de piedras salientes á lo largo de cada arista.

Los arquitectos de este edificio no parecen haber caído en la cuenta de que hubiera que tocarlo nunca, y como si se hubiesen propuesto reservar su cima á las aves ó á los ángeles, no dispusieron ninguna subida hasta ella. A partir de la plataforma, no hay escalera, ni escala en lo interior; por fuera, la techumbre lisa y pulimentada, sin más relieve que las piedras salientes de las aristas y el rodete redondeado de las losas que forman la cubierta.

La torre de Saint-Vrain parece destinada, por años y quizá por siglos aún, á justificar la ciega fe que sus constructores tuvieron en su eternidad. Desde hace cuatro siglos que está en pie, ni lluvia ni sol, ni viento ni rayo, le han podido arrancar una piedra, un grano de cemento. Comiéntase á creer que es indestructible; y en la comarca se susurra al oído que más de una vez, luego de una tormenta, á la madrugada, antes de que se despierten los vecinos de Saint-Vrain, manos invisibles han ido á componerla.

Por otra parte, preciso es convenir en que en una región un poco supersticiosa (porque Saint-Vrain está en pleno Morvan), el aspecto y la traza de esa espadaña se prestan por singular manera á las leyendas de todo género á que da margen.

Su prodigiosa altura parece duplicarse por la pequeñez del caserío que á sus pies se acurruca: se ve que si

por desgracia se llegara á caer, aplastaría á la villa de un solo golpe. Positivamente, en el fondo, lo han temido así.

Es tan atrevida, tan esbelta, que apenas se concibe cómo puede sostenerse. Aseguran los campaneros que en los grandes ventarrones se balancea como un chopo, y que más de una vez les ha dado terror al sentirse mecidos así entre sus piedras.

Aunque rigurosamente conformes sus perfiles con los principios más puros y exquisitos del arte ojival, tienen arranques y atrevimientos que ponen carne de gallina y dan sudores fríos. Aparte de los campaneros, que nunca pasan de la parte de la torre donde están suspensas las campanas, nadie se ha determinado jamás á subir hasta la plataforma, salvo el inspector de los monumentos históricos, quien afirma haberlo hecho. Esta plataforma, saliente como un canastillo, es tanto más

pavorosa cuanto que tres de sus lados caen á plomo sobre el atrio de ingreso, empedrado con anchas losas blancas que relucen al sol. La balaustrada, que apenas llega á la altura de la rodilla está tan próxima al muro, que hay el espacio preciso para deslizarse nada más; y á medida que se cambia de sitio, andando de costado, para dar la vuelta al balcón, siéntese, sobre todo al pasar por los ángulos del chapitel, el roce de la pared cual si os empujase al vacío.

Quien tuviese bastante sangre fría para examinar las esculturas de aquella parte de la torre, no podría mirar sin turbarse los extravagantes adornos y las figuras verdaderamente demoníacas que se retuercen y figan sardónicas en todas las rinconadas y en todos los salientes. Refiere una rancia tradición, que un extranjero que hace más de cien años se empeñó en subir á la plataforma, bajó de ella loco

por haber mirado con fijeza cierta figura de diablo en cuclillas y con la barba apoyada encima de los puños.

Sin embargo, como en último término la pobre humanidad siempre encuentra medio, valga lo que valga, para proporcionarse un poco de buen tiempo entre lo que teme y lo que sufre, los vecinos de Saint-Vrain vivían en paz con su campanario, no sin mirarlo á veces con el rabillo del ojo, con aire equívoco. Por lo demás, salvo la historia del extranjero que se volvió loco, no se recordaba, ningún vivo á quien hubiera causado ninguna desgracia. Aún durarían hoy las relaciones de buena vecindad entre la humilde parroquia y la formidable torre, si un accidente inesperado (eso sí, producido por un poder digno de adversario tan colosal) no hubiese venido á inferir menoscabo á la majestuosidad del monumento arrancándole la más alta de sus in-

signias. El rayo había herido al gallo del campanario: no quedabande él sino jirones.

Este suceso causó nueva turbación en todos los ánimos. Las gentes supersticiosas veían en ello un presagio funesto para la iglesia, para la villa, para las cosechas; los feligreses ilustrados afligíanse como por un accidente irreparable que iba á privar á la villa de la única veleta merecedora de confianza. Y en último extremo, siempre había habido un gallo en la torre de la iglesia, y de ahora en adelante nunca más lo habría. Estábase habituado á ese gallo; y se le amaba tanto más, cuanto que se le había perdido y no había esperanza ninguna de reemplazarlo, puesto que, según parecer unánime de todo el mundo, teníase por cosa imposible llegar hasta la punta de la aguja para poner allí otro.

Como en todas las ocasiones en

que se prepara una gran calamidad, una siniestra sombra de sobrenatural había venido á proyectar su misterio en este acontecimiento: á fuerza de contemplar los restos del gallo fulminado que permanecían adheridos é inmóviles en lo alto de la cruz, acabóse por descubrir con espanto que, visto desde la puerta del presbiterio, este objeto informe destacaba el recorte de la estampa del demonio, pero tan parecido, que podía verse en ello algo más que un simple capricho de la casualidad.

Y es el caso, según todo el mundo lo sabía, que el bienaventurado Pancracio, prior de los Mostenses, hallándose un día en oración y pensando con exceso en la futura grandeza de su iglesia, que á la sazón estaba fabricándose, el diablo le había metido maliciosamente bajo la capucha un pensamiento de orgullo; y que el bienaventurado, mientras hacía á escape un acto de contrición, con mucho

tiento había sacado del cinturón el rosario, se lo había arrojado al cuello al demonio, y, después de obligar á ese pícaro á dar tres ó cuatro vueltas por la celda rociándole con agua bendita, le había condenado á mantener en buen estado la iglesia, desde los cementos al ápice de la cruz, *usque ad consummationem seculorum*.

Pero no había mentado el gallo. La leyenda no decía ni una palabra del gallo. Veiase claro que el demonio se vengaba hoy en el pobre animalejo.

El deán de Saint-Vrain, que era un sacerdote muy ilustrado, no tardó en tener conocimiento de esas necias historias. Tomó pretexto de ellas para amonestar severamente en una plática fraterna á los supersticiosos temerarios, que no reparaban en barajar el nombre de Satanás con la historia del más venerando de los fundadores de la iglesia; y terminó prohibiendo á su grey que hablase más del asunto, ad-

virtiéndoles por añadidura que iba á colocarse de nuevo el gallo.

Tan pronto como se difundió por la villa esta noticia, produjo en ella un inmenso alivio. A la vaga ansiedad que oprimía todos los corazones, sucedió ese inexplicable jolgorio de un pueblacho que á la postre va á tener su acontecimiento. Porque sería un acontecimiento: el campanario iba á recobrar toda su gloria, se haría la mamola al diablo; además (dicho sea entre nosotros, esto era el fondo de todo aquel regocijo), se iba á presenciar uno de esos dramas vertiginosos en que el espectador, desde el seno de la más perfecta seguridad, ve á uno de sus semejantes en lucha á brazo partido con la muerte y con el destino.

Nada parece más sencillo y á sus anchas que un gallo de hoja de lata girando á todos los vientos en la punta de un campanario; pero lo difícil no es verlo allá, sino colocarlo. Cuando la

junta de fábrica se puso á deliberar acerca del modo cómo podrían arreglárselas para dar al gallo reemplazo, entonces entraron los grandes apuros. En vano se registró en el archivo de la iglesia, para saber qué dimensiones habrían de dársele; fué preciso entablar correspondencia con muchos curas de capitales de provincias. Transcurrió un mes en tales preliminares, cuya conclusión fué que el cuerpo del gallo, sin incluir la cabeza y la cola, debía ser de las proporciones de un carnero; que se construiría de cinc galbanizado, de dos milímetros de espesor y unos diez kilogramos de peso; y que en París, con unas señas que les indicaron, se encontraría quien lo construyese.

Quince días después, empaquetado con sumo esmero, desembarcaba el gallo en la casa rectoral; donde, en seguida que lo sacaron de su caja, fué expuesto á la curiosidad y admiración de los fieles.

En los pocos días que duraron sus recepciones, ese avechucho no se mostró de lo más agradable para con los visitantes: su cresta, recortada en agudos dientes, desgarró con crueldad los labios á un nene que desde los brazos de su madre habíase inclinado para besar la cabeza del pajarraco; su pico rasgó la piel de la frente de una niña á quien unos chicuelos habían empujado á fuerza de apiñarse á empellones en torno del gallo, para verlo más de cerca; la punta de su cola se enganchó en la sotana del cura y le hizo un siete fenomenal.

¡Cosa que pasma! Hasta los mismos animales parecían sentir, al verlo, una repulsión con mezcla de terror: el perro del señor cura no pasaba por su lado sino gruñendo, bajando torcida la cabeza, y cuando estaba un poco lejos, volviéndose para ladrar; á veces iba el gato á sentarse delante de él, mirábale con extrañeza con sus verdes ojos, se

levantaba después, enarcaba el lomo erizado y se largaba de allí, trazando en el aire con el rabo á lo zorro fantásticas circunvoluciones. Aquella influencia nefasta había concluido por perturbarle el ánimo al mismo cura párroco, hasta el punto de que un día, con motivo de hablarse acerca de colocar en su sitio el gallo, ese digno sacerdote no pudo impedirse de decir á su primer vicario:

—Escuche V., mi querido colega, no puedo menos de confesarle que tengo muchísimas ganas de que me quiten de enmedio este feo bicharraco.

Y, ya fuese remordimiento por ese relámpago de superstición, ya funesto presentimiento, miró un instante al espacio, inclinó la cabeza é hizo la señal de la cruz.

Ahora que ya conocen Vds. el lugar de la escena y el prólogo de la tragedia, voy á mostrarles la víctima.

El hombre que entra en este momen-

to en la sala de la casa rectoral, es él: ese es quien va á morir.

¿Qué importa saber quién es, de dónde viene, cómo se llama? Si se quiere, es el primero que llega, el artesano que por casualidad se encontró allí en el momento de necesitarse un obrero de su profesión. En fin, repito, es un hombre. ¿No saben Vds. bastante con eso?

Ahí está, tan confiado en su propia vida como puede estarlo V. mismo en la suya propia en el momento en que le hablo. Gorra en mano, escucha con deferencia las palabras del sacerdote, meneando suavemente la cabeza á medida que le explican lo que se ha de hacer, computando con aire reflexivo é inteligente las dificultades y los gastos de su trabajo. Se pasa la mano por la frente; luego, acariciándose la barba, fija el precio de su salario: tanto por la percha, tanto por las cuerdas, tanto por los ganchos y anillos, tanto por el trabajo...

¿Y por la vida?...

El riesgo no se paga; eso es asunto del plomero.

Trato hecho. Saluda sonriéndose y se retira. Va á pasar la puerta.

El buen párroco, presa de una repentina ansiedad horrible, le grita que se detenga, le pregunta con tierna voz si está bien seguro de sus fuerzas y de su valor, si no teme que le acometa el vértigo, si ha previsto y calculado bien todos los riesgos de esta empresa.

El hombre le mira con aire sorprendido, se arremanga para enseñarle los brazos, golpea con la mano los enormes muslos, ensancha el pecho, y, levantando la cabeza, yérguese como un Titán pronto á escalar el cielo.

Llega el momento. El sol ha salido hace dos horas. Refrescado por un buen sueño, restaurado por una sólida refacción, el bravo plomero sube los peldaños del campanario, seguido de dos ayudantes que conducen hasta la plata-



forma el gallo, la pértiga y el cordaje.

El pueblo en masa de Saint-Vrain, reforzado por la concurrencia de gente de todas las parroquias comarcanas, se agita en compacta muchedumbre al pie de la torre. Gendarmes de centinela van y vienen, con paso cadencioso alrededor del atrio, para mantener vacío un espacio, en el caso de que « alguna cosa » llegara á caerse desde lo alto de la aguja. La puerta principal de la nave mayor, que se abre junto á la torre, está condenada. En la iglesia, algunas viejas de corazón intranquilo y compasivo hacen encender cirios y rezan por el hombre desconocido que allá arriba va á exponer su existencia. El cura, volviendo con mano temblorosa las hojas del breviario, se agita en la sacristía, sin atreverse ni á salir para ver, ni á hablar con nadie para conseguir noticias.

De pronto, una especie de rugido

sordo y prolongado álzase del seno de la multitud congregada en las calles y plazas: el hombre aparece en la plataforma. Medio atravesado en el hueco de la puertecilla, tira de algo, al parecer; y, en efecto, desarrolla cordeles que pone en líos encima de los bordes del balconcillo. En seguida se le ve enderezar á lo largo de la base de la aguja una pértiga más alta que él; por último, aparece el gallo envuelto en alguna cosa, y lo pone entre el balconcillo y la pared.

Está al pie del chapitel. Un reborde horizontal de media vara de anchura le permite sostenerse allí y andar. Da la vuelta en torno de la aguja y la rodea con un círculo de cordel grueso, cerrado por un nudo corredizo. Por esta cuerda pasan otras dos, que cuelgan y van á atarse la una al gallo y la otra á la percha.

Y al fin parte. De cara á la cubierta, pasa por detrás de los riñones la ma-

roma circular, cuyo nudo corredizo aprieta hasta que le adhiere lo suficiente á la techumbre de la aguja; y entonces, haciendo hincapié con las rodillas y las manos, se alza de costado elevándose un poco á cada movimiento, trazando así la primera vuelta de una espiral que le conduce á la primera piedra saliente de una arista. Una vez allí, fija en ella un gancho sujeto al pecho por medio de una correa de cuero grueso; y, libres ya las dos manos, aprieta más el nudo corredizo de la maroma y vuelve á dar vuelta subiendo hasta la segunda piedra saliente.

Durante una hora más larga que un siglo, los despavoridos espectadores le vieron cuarenta veces aparecer y desaparecer vuelta á vuelta, cada vez más arriba, cada vez más deprisa, siendo más fácil el ascenso conforme disminuía el diámetro de la aguja.

Llegó así á estar con la cabeza á nivel del pequeño rellano circular que

sostiene la cruz. Viósele entonces cruzar las piernas alrededor de la punta del chapitel, cuyo estrecho diámetro le permitía este movimiento; y apretando más el cinturón de maroma que le adhería á la cubierta de la aguja, se limpió la frente con la manga y después permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada adelante como para resollar un poco. En seguida sacó del bolsillo un frasquete de aguardiente y bebió dos ó tres sorbos.

De entonces acá se ha repetido tantas veces que aquel aguardiente fué la causa de la desgracia. ¿Cómo saber si bebió con exceso, ó no bebió lo suficiente? ¿Quién sabe hasta qué grado de desfallecimiento habian decaído sus fuerzas? ¿Y si tuvo miedo?

Cuando se recapacita en el vigor y la habilidad que le había sido preciso desplegar para subir hasta el punto donde estaba, ¿cómo suponer que un hombre capaz de ese ánimo sobrehu-

mano no hubiese contado las gotas del saludable pero temible licor, con tanta precisión y tanta prudencia como un médico experimentado?

Desde el sitio donde estaba podía tocar sin esfuerzo el pie de la cruz; al cabo de algunos minutos de descanso se le vió mover varias veces los brazos en derredor de las cuatro barras de hierro que la fijan. Había pasado por allí dos ó tres vueltas de cordel, suspendiendo de este apoyo el gancho sujeto al pecho, había cogido dos de los barrotes de hierro, soltado las piernas, y, contrayendo los brazos, habíase izado á pulso hasta ponerse de rodillas en el rellano de la cruz. Entonces, midiendo con la vista la altura de ésta, advirtió satisfecho que apenas pasaba de unos diez pies; y como la pértiga suya era de doce, vió que no tendría necesidad de engancharla más que una vez, lo cual abreviaba y simplificaba la última parte de la ascensión. Se

puso de pie, pasó una vuelta de cordel por el tallo de la cruz, donde fijó el gancho del pecho, agarró una de las dos cuerdecitas que colgaban atadas á la maroma y tiró hacia sí de la percha, que hasta entonces había permanecido en la plataforma de donde arranca el chapitel.

Esta pértiga, armada en su extremo superior con un garfio de tres uñas, tenía de trecho en trecho rodetes muy salientes de cuero y alambre de hierro trenzados. El hombre enganchó el garfio de la percha en la flor del ápice de la cruz; y en pocos minutos, merced al gancho del pecho y á los estribos de pizarrero que llevaba puestos en las rodillas, trepó á lo alto de la pértiga como si fuese á lo largo de una maroma de nudos, pero con la ventaja de que la percha, rígida y sostenida por la anchura del triple garfio, no se balanceaba.

Pudo deslizarse con facilidad ponién-

dose un poco de lado, por entre los radios de la flor, la cual, una vez que pasó lo alto del cuerpo, sirvióle de apoyo para enderezarse con los brazos; y, por fin, se encontró sentado encima de la flor, con el pecho contra el eje del gallo, varilla que apenas se elevaba dos pies sobre su cabeza.

Se ató con solidez á este vástago: y con ayuda de la segunda cuerdecita, cuyo cabo tenía, izó hasta sí el gallo, que había dejado en la plataforma al pie de la aguja.

Al llegar á este punto de mi relato, no puedo menos de considerar cuán caprichosa es la muerte en sus ejecuciones. Puesto que ese desventurado había de morir, ¿no era más cómodo hacerle caer sencillamente una teja en la cabeza? Pero no; la dama pálida tiene sus antojos, y al paso que coge á unos para adormecerlos en su regazo con dulzuras maternas, condena á otros á no arrancar de ella su reden-

ción, sino á costa de mil afanes y de mil fatigas. Estaba escrito que este desventurado había de desquitarse en un solo día de todos los sufrimientos de que le preservara hasta entonces lo humilde de su existencia, y que le sería preciso agotar toda su fuerza y todo su valor para elevarse á la cima de aquella especie de mástil de cucaña, donde estaba destinado á ir á descolgar el premio de su propia muerte.

Ignoro si á músico alguno se le ha ocurrido nunca la idea de escribir las notas del coro de aullidos de una muchedumbre humana transportada por el delirio del entusiasmo. Cuando por fin vieron erguirse aquella figura en lo alto del aire, más audaz aún que el atrevido edificio dominado por ella, frenéticas aclamaciones ascendieron con terrible armonía hasta el infeliz que las promovió.

Eso fué su pérdida.

Hasta aquel instante fatal, en ese

BIBLIOTECA  
MONTAÑAN, MEXICO